

La construcción social y cultural del liderazgo en el deporte*

DAVID J. MOSCOSO SÁNCHEZ

Instituto de Estudios Sociales de Andalucía (IESA). Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Resumen

El deporte ha sido un espacio social objeto de estudio desde mediados del siglo pasado. Hoy, aun podemos encontrarnos ciertas lagunas que impiden movernos con claridad entre los elementos que intervienen en su construcción. El liderazgo puede ser un ejemplo representativo. Su análisis ha pasado desapercibido durante este tiempo y, sin embargo, constituye una pieza elemental para comprender cómo se construye el espacio social del deporte. En este artículo, su interpretación no sólo nos permitirá explorar un campo de acción social concreto, el deportivo, sino toda una historia del hombre, que aquí será historia del hombre deportivo. Desde una perspectiva fenomenológica, se pretende esclarecer aquí cuáles son los elementos que intervienen en su construcción y las funciones sociales que desempeña, según las distintas coordenadas espacio-temporales.

Palabras clave

Liderazgo, Psicosociología, Fenomenología, Estructura, Deporte.

Abstract

Sport has been introduced as a social phenomenon since half-way through last century. Nowadays, there are still important gaps which do not allow to see clearly the factors that take part in its construction. The leadership can be a representative example. Its study has gone unnoticed for a long time. However, it constitutes a basic key in order to understand how the social phenomenon of sport is constructed. On this article, its interpretation will allow us not only to explore a concrete field of social action sport, but also man's history as a whole, being here the sportman's history. From a phenomenological perspective, it is hoped to clarify which elements take part in its construction and the social functions it satisfies, according to the different space-time coordinates.

Key words

Leadership, Psychosociology, Phenomenology, Structure, Sport.

Liderazgo

El punto de partida de este trabajo es la consideración del *liderazgo* como una conducta humana, si bien originaria y parcialmente con cierta causalidad en la “interacción biosocial”¹ fundamentalmente construida cultural y socialmente. Es decir, que el liderazgo, como conducta humana que es, surge como resultado de un proceso de construcción, logrado mediante diferentes mecanismos adaptativos y socializadores, es decir, mecanismos con los que el hombre se adapta a su propia naturaleza y a la del entorno en el que se desarrolla. Es un proceso de construcción, deconstrucción, reconstrucción y/o re-

invención de tales mecanismos, en función de los muy variables contextos en los que se desenvuelve su vida, a saber: los innumerables roles que desarrolla, según las distintas coordenadas espaciales y temporales, dentro de un determinado contexto social e individual.

Además, el *liderazgo*, analizado desde la óptica psicosociológica y, concretamente, desde un tratamiento fenomenológico, es entendido aquí como una conducta humana que se expresa a través de la interacción social –hecho que algunos psicólogos sociales describen como “proceso de estímulos mutuos” (Sprott, 1967, pp. 8-14)–. Por tanto, consiste en un intercambio recíproco

* El presente trabajo consiste en una versión desarrollada de la comunicación presentada por el mismo autor en el *I Seminario Hispano-Marroquí de Ética y Liderazgo Juvenil*, realizado en Granada, del 3 al 5 de abril de 2001. He de agradecer las sugerencias y correcciones realizadas sobre la revisión de este artículo a Juan Torres (Universidad de Granada), Javier Olivera (INEF de Cataluña) y Álvaro Rodríguez (Universidad de Sevilla).

¹ En “Dominación y liderazgo”, de K. Young, *Psicología y Sociología del líder*, p. 41.

que, en consecuencia, conlleva una acción y una respuesta: una acción, por parte de un individuo (el líder), que tiene un efecto sobre un grupo de mayor o menor tamaño, y una respuesta, por parte del grupo (los seguidores del líder), ante esa acción. La acción conlleva la exposición de un modelo (de actitudes o comportamientos), por parte del líder, que es seguido por el grupo (o seguidores). Dicho de otro modo, el *liderazgo* consiste en un proceso mediante el cual un individuo, al que denominamos *líder*, tiene la capacidad de que otros individuos actúen influenciados a partir del comportamiento o la actitud manifestada por él; aunque esto tendría que implicar, además, que tales individuos tienen capacidad para influir sobre el líder, determinando nuevas pautas en las relaciones del liderazgo.

Junto a lo anterior, se parte, en este trabajo, de una dimensión flexible y/o abierta del liderazgo, en el sentido de que el líder no tiene por qué serlo en todas las situaciones ni el liderado necesita líderes idénticos y únicos para orientar cada uno de los aspectos de su vida. A la postre, un líder que lo sea en unas determinadas circunstancias puede no serlo en las restantes y un grupo o colectividad puede requerir líderes diferentes que dirijan o ejemplifiquen comportamientos dispares que respondan a las distintas necesidades que acontezcan en ese grupo. A su vez, este proceso no tiene por qué implicar, necesariamente, una relación meramente autocrática y dirigida, sino que puede ser democrática y permisiva (Baron y Byrne, 1998, p. 541).

Deporte

Pues bien, el *deporte*, como un ámbito más de la acción humana y social, experimentará también este proceso de construcción social del liderazgo, aunque con características o rasgos, modelos y funciones tocantes a las necesidades y realidades propias de dicho espacio, muy variables también, por otro lado, en función de las transformaciones histórico sociales experimentadas en el mismo –lo cual entraña la consideración de este fenómeno desde los propios orígenes del deporte, como espacio social institucionalizado en el 776 antes de Cristo (tras la aparición de los Juegos Olímpicos de Grecia), pasando por la práctica de actividades físico-deportivas desarrolladas históricamente por el hombre, tales como el puenting, el benji, el montañismo, la vela, la caza, la lucha, la danza, etc., y de algunos juegos deportivos practicados a lo largo de la Edad Media, hasta el *deporte para todos* y el *deporte de masas* actuales–.

Con esto, aunque son muchas las definiciones o concepciones que han surgido a lo largo de la historia en torno a este fenómeno social, en estas páginas su autor mantiene una firme creencia en el sentido positivo, abierto y universal, de la concepción cagigaliana del deporte, cuya máxima expresión en nuestros días es la *Carta Europea del Deporte* (1993). En ella se dice así: “‘Deporte’ significa toda forma de actividad física que, mediante la participación casual u organizada, tiende a expresar o mejorar la condición física y el bienestar mental, estableciendo relaciones sociales u obteniendo resultados en competición a cualquier nivel” (p. 5). Es decir, según esta definición, el deporte sería entendido más que nunca antes como un fenómeno social que “lo inunda todo”: no una simple área institucional humana ni tampoco un simple conjunto de comportamientos y actitudes sociales o hábitos o estilos definidos de vida. En definitiva, lo que transmite esta definición es sencillamente todo eso a la vez. Es ese sentido flexible y abierto cagigaliano del significado del deporte (“el deporte lo inunda todo”), que responde espontáneamente a la naturaleza creativa y abierta del espíritu humano.

Mucho tiene que ver, precisamente, esta definición, con la dirección difícil y ardua que habían seguido históricamente las ciencias sociales que abordaban el tema del deporte. Ante ello, el horizonte más locuaz, planteado desde el comienzo por José María Cagigal, era aceptar con sensatez la omnipresencia de dicho fenómeno, la ruptura con las continuas rigideces a las que se intentaba restringir su significado, dando paso, en su lugar, a una concepción múltiple y permanentemente mutable del deporte.

Fenomenología

Por todo ello, parece evidente que la fenomenología, al igual que el interaccionismo simbólico, se presenta como un instrumento adecuado para interpretar el fenómeno del deporte y, en consecuencia, todos los posibles temas que éste suscite. Esta conocida escuela de pensamiento, de bases filosóficas y posteriormente adoptada por otras ciencias sociales –principalmente por la sociología y la antropología cultural–, persigue el descubrimiento de los objetos a partir de los hechos mediante la reducción de aquellos a meros agregados de ideas, o sea, de conocimientos (es lo que denominan *Wesensschau*: “la contemplación de la esencia”). Por esta razón, algunos de sus representantes (Husserl, Schutz, Ortega y Gasset, Luckmann y Berger) han denominado la fenomenología como “una ciencia de esencias”.

Para entender bien el sentido teórico y empírico de la fenomenología –sin extendernos demasiado en el tema, puesto que no es éste el objeto del presente trabajo–, valga el siguiente fragmento de la obra de Peter Berger (1999, pp.16-20), con el que intenta justificar este instrumento de reflexión y análisis en la investigación social, partiendo de una concepción de la naturaleza reflexiva (es decir, constructiva/activa/participativa) del hombre, lo que, en última instancia, manifiesta la importancia que los fenomenólogos otorgan a dicha naturaleza, a la hora de contemplar los fenómenos y reducirlos a múltiples ideas con las que describirlos e interpretarlos. “El ser humano, a diferencia de los demás mamíferos... resulta curiosamente inacabado en el momento de su nacimiento... La estructura instintiva del hombre, cuando nace, no sólo está subespecializada, sino que además no se encuentra dirigida hacia ningún ambiente particular propio de su especie... El mundo del hombre está imperfectamente programado debido a su propia constitución; es un mundo abierto... Existe un fundamento biológico... que incluye un desarrollo de la personalidad y una apropiación de cultura... Es decir, se trata de un mundo que tendrá que ser modelado por la actividad humana. Así, pues, en contraste con los demás mamíferos, el hombre dispone de una doble relación con el mundo que le rodea. Igual que los mamíferos, el hombre está en un mundo que le ha antecedido. Pero, a diferencia de ellos,... debe hacérselo a su medida. La actividad humana constructora del mundo no es, pues, un fenómeno ajeno a lo biológico, sino la consecuencia directa de la constitución biológica del hombre... [Así], gracias a su propia actividad, especializa sus impulsos, y logra su estabilidad [temporal]. Privado biológicamente de un mundo para el hombre, construye un mundo humano. Y este mundo, por supuesto, es cultura (la segunda naturaleza humana)”.

Estructura del liderazgo en el ámbito del deporte

Aclaradas las bases conceptuales y cognitivas, en lo concerniente a la construcción de este hecho humano y social, el del liderazgo, en el respectivo ámbito en que aquí lo tratamos (el deporte), profundicemos ahora pues en el entendimiento de su estructura, a saber: las características o rasgos, los modelos y funciones sociales que

cumple este tipo de conducta humana, en este contexto, según sus dimensiones histórico-sociales y culturales.

Como es difícil establecer cuáles son los rasgos propios del líder en el deporte, puesto que, si por algo se caracteriza este campo, al menos históricamente, es por la ausencia de estudios científicos sociales vinculados en sociología, de la misma manera también es laborioso definir los modelos de liderazgo deportivo. No obstante, lo que sí parece estar bien claro en el ámbito de las ciencias del deporte y, en consecuencia, dentro de éstas, en sociología del deporte, es cuáles son las funciones² que los principales agentes asociados a la organización y difusión de las diversas disciplinas deportivas –de forma directa e indirecta– desempeñan en distintos niveles. Luego, comenzando a analizar el asunto desde este vértice, encontraremos argumentos a ese vacío intelectual.

Parece claro que las funciones del deporte pueden estructurarse según dos niveles: por un lado, el micro y macro y, por otro, el sociocultural, el económico y el político. En el primer nivel, las funciones manifiestan un claro carácter psicosocial, mientras que en el segundo, además del anterior, presentan una vertiente fundamentalmente cultural. A su vez, todas las funciones que se encuentran representadas en los diversos niveles lo hacen entremezcladas entre sí. Pero, tanto las funciones del deporte, como los niveles en que se despliegan aquéllas, presentarán rasgos y, por tanto, modelos dispuestos según el marco histórico y social, lo que nos permitiría realizar la diferenciación existente entre cuatro períodos históricos fundamentales: clásico (siglos VIII a.C. al III/IV dC.), medieval y renacentista (siglos XIII al XVI), contemporáneo (siglos XVII al XIX) y moderno (s. XX). En cada período predominarán unas determinadas funciones sociales del deporte, enmarcadas, a su vez, dentro de cada uno de los niveles que hemos nombrado, presentando así una serie de rasgos que deben poseer los líderes, según las funciones que desempeñe el deporte en cada momento histórico, con lo que obtendremos, por fin, una tipología del liderazgo deportivo y aquellas claves que nos permitirán interpretar su proceso de construcción social.

Período Clásico

El primer modelo que se ha apuntado aquí es del *guardián*, del que existen referencias documentales en

² El análisis que realizo de las funciones del deporte es inédito, aunque inspirado a partir del esquema de las funciones del ocio elaborado por Mirian Ispizua y M^a José Monteagudo en “Ocio y deporte en las edades del hombre”, en García Ferrando, M. y otros (1998), *Sociología del deporte*, pp. 231-258.

los diálogos de Platón (Platón, 1993, pp. 11-115), del libro III de la *República*, en una especie de taxonomía de clases sociales que establece sobre la *polis* griega. En este Estado, para Platón, el buen gobernante de la ciudad debía poseer las virtudes propias del guardián o guerrero (belleza, armonía, gracia, régimen, medida del discurso, como expresión de la bondad del alma y del cuerpo) y los atributos del filósofo (ciudadanía, razón, espíritu, etc.). “Los gobernantes y los guerreros, [...] unidos constituyen el grupo de los guardianes. [...] Los guardianes dedicarán toda su vida a ser gobernantes y guerreros, mediante ejercicios de gimnasia, estudio de la música y la filosofía. Los más sabios y prudentes serán después los que gobiernen. Entre ellos no habrá propiedad privada. Nada será suyo, para que no deseen amasar las riquezas que corrompen. Y este comunismo de bienes se aplica también a las mujeres y a los hijos [...]. La función de los vigilantes o guerreros es la militar: la defensa del Estado y del orden social y político establecido contra los enemigos de dentro y de fuera”.

Salvador Giner (1998, p. 4) señala, respecto al contexto en que tenía lugar la materialización de estos planteamientos políticos y culturales, los Juegos Olímpicos, que eran “justos, deportivos, poéticos y religiosos. [...] Sus raíces remotas se hayan en la concepción homérica de la competitividad, de la emulación heroica por la distinción entre los individuos de un mismo linaje o comunidad”, con lo que tenemos a una persona que es, a la vez, atleta, filósofo y buen guardián de la ley y la ciudad, con las características del “filósofo-rey” de Platón y del hedonismo de Glaucón.

Una imagen parecida es la que expresará el *guerrero* o soldado romano, el cual aparece en los numerosos escritos de los narradores de la época (Plutarco, Ciceron, Jenofonte, etc.) como el nuevo héroe atleta y político, que, para ser buen guardián de la ciudad, no sólo deberá ser bueno con las armas, sino también con el discurso. En otras palabras, el buen guerrero deberá ser a la vez buen político. Así es como Ciceron, en su obra *Sobre la República* (AA.VV., 1967, pp. 1387-1391) –un tratado de teoría política sobre el buen gobierno–, ve el liderazgo del atleta militar y gobernante político. Lo cual, por otra parte, siente en su propia biografía, a través de la experiencia de su vida, relatada en el citado texto. El líder atleta coincidirá con el gran luchador, a la vez héroe militar, conquistador y político, gobernante de sus ejércitos y de las tierras atesoradas. Para ilustrar dicho planteamiento, baste añadir las siguientes palabras de este autor. “Sin este valor ni Duilio, ni Atilio, ni Metelo

hubieran librado a Roma del terror de Cartago; ni los dos Escipiones hubieran apagado con su sangre el incendio de la segunda guerra púnica, ni Quinto Máximo lo hubiera extinguido, ni P. Africano se hubiera lanzado contra las murallas enemigas, después de hacerles huir de las puertas de Roma. [...] Sólo afirmaré una cosa: que el género humano experimenta por naturaleza una necesidad de virtud tan grande, un amor tan alto a la defensa de la comunidad que esta fuerza se impone siempre al ocio y la voluptuosidad. Pero no se debe tener sólo valor, ni tampoco un arte cualquiera si no se practica. [...] ¡Como si para los hombres valerosos, animosos y dotados de vigoroso espíritu pudiese existir una causa más justa de desear el gobierno de la república que la de no sucumbir a los deseos de los malvados, y de impedirles menoscabar los asuntos públicos!”.

Ambos modelos, el *guardián*, por un lado, y el *guerrero*, por otro, expresarán así el reflejo de un período histórico cuyas necesidades eran las de reclutar soldados y guerreros para gobernar y defender la *polis*, a la vez que exaltar sus virtudes, emulando poseer una condición muy próxima a la de los dioses. En este caso, tanto guardianes como guerreros se concebirán una especie de semidioses. Como diría McIntosh, la relación entre éxito en el deporte y liderazgo político siempre fue una realidad extendida desde las primeras “ciudades-Estado” griegas, “ya que fueron muchos los ganadores a los que se les confería mando militar, lo que provocaba, por otro lado, críticas y protestas de los guerreros” (citado en García Ferrando, 1990, pp. 45-46), porque “no es lo mismo ganar una carrera de carros que dirigir los carros en el combate” (McIntoch, 1981, pp. 25 y ss.).

Son, por ende, funciones políticas (estrategias militares y prestigio de la Ciudad-Estado o del imperio) las que determinarán en este momento el liderazgo de los atletas políticos y militares. Posteriormente, se experimentará un largo espacio de la historia en el que el deporte perderá su importante papel en la vida social e, incluso, llegará casi a desaparecer como práctica cultural, ocupando su lugar –al menos en Europa– la religión, desempeñando las pertinentes funciones sociales, políticas y económicas en esos siglos. Como apunta Mandell (1986, pp. 91-92): “el hedonismo, la sensualidad y la permisividad moral imperantes en los baños públicos, por una parte, y la martirología de los primeros cristianos en las arenas de los anfiteatros, por otra, justifican la actitud de rechazo del deporte y del culto a la belleza física por parte de los padres de la Iglesia. [...] Los cristianos se opusieron a los sacrificios públicos de los

gladiadores (que también tenían almas) y acabaron obteniendo su abolición, seguida, poco tiempo después, de la de los combates de fieras”.

Período Medieval y Renacentista

En segundo lugar, en el período que comprende la Baja Edad Media y el Renacimiento, aparecen nuevos modelos de liderazgo en los juegos deportivos de palacio que se dan en la época entre príncipes guerreros y vasallos a la orden de sus señores feudales. En realidad, de algún modo, esto supone el resurgir del hombre tal como se entendía en el período clásico, que se vio despojado de su autonomía durante la época del oscurantismo. Sin embargo, al final de la Edad Media y próximos al período del Renacimiento, el hombre ocupará de nuevo el primer lugar en el plano terrenal; se convertirá en metáfora y su máxima representación será el *caballero*, también denominado *cortesano*. Una expresión doctrinal de este nuevo ser se abarca en la obra de Baltasar de Castiglione, el *Courtier* (cortesano), donde “se exigía del caballero que fuera a la vez un estudioso y un atleta, así como un hombre recto y valiente” (Giner, 1998, p. 167; Mandell, 1986, p. 134). “Quiero, pues, cuanto a lo primero, que este nuestro cortesano sea de buen linaje; [...] Los más señalados en las armas y en los otros virtuosos ejercicios vienen de buena parte. [...] Nuestro cortesano, demás del linaje, quiero que tenga favor de la influencia de los cielos... y que tenga buen ingenio y sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo, y alcance una cierta gracia en su gesto y un buen sango (sangre)... y aquella gracia que le haga luego a la primera vista agradable a todo el mundo” (Pozzi, 1994, pp. 123 y ss).

Son muchas las historias que relatan la vida de estos *cortesanos*, pero, entre todas, en mi opinión, la de Guillermo el Mariscal (¿1145?-1219) –“el caballero más leal, sabio y valeroso” (Duby, 1996)– es la más representativa. Este “héroe”, “guardián y maestro”, “caballero” –tal como se le describe en la obra de Georges Duby– se convirtió en un destacado *cortesano*, que hizo de sus cualidades atléticas y otras destrezas humanas, manifiestas a través de los juegos de palacio y las contiendas entre los reinos, un instrumento de poder carismático que le llevó incluso a obtener el título de conde.

Las funciones que desempeñaba este caballero tenían mucho que ver con la *apariencia* de la que hablaba Maquiavelo en el buen gobernante que debía ser el *príncipe*. O sea, son funciones sociales y políticas, orientadas a legitimar el poder del gobernante y de los vasallos del

señor feudal. El siguiente fragmento del prólogo de la obra del autor al que nos referíamos describe con gran elocuencia y sencillez al mismo tiempo esta idea (Rodríguez, 1997, p. 19). “Maquiavelo parte de que la condición humana es ingrata, inconstante, disimulada, cobarde...; por tanto, es mejor que el príncipe sea temido que amado. Son dos, principalmente, las cualidades que reuniría el príncipe ejemplar: apariencia y producir temor. Aparentando ser lo que no es, debería mostrarse como bueno siendo astuto, sagaz, hipócrita, engañoso, traidor, ingenioso y práctico. Para ser temido debe ser fuerte y poseer la fuerza de la milicia. Ante sus súbditos aparecerá como piadoso, leal, humano, íntegro y religioso”.

Y, en estas fechas, tan importante será el caballero, como su propio maestro o profesor, el pedagogo, del que depende el éxito o fracaso del *courtier*. Esta situación tuvo un gran influjo sobre los pensadores emergentes tras el renacimiento (Voltaire, Rousseau, Goethe, Kant,...), que no tardarían en poner en práctica estas ideas en su propia experiencia, y en difundir las ventajas del fenómeno deportivo. Un ejemplo singular, en fechas posteriores, se puede observar en el *Emilio* de Rousseau. Como señala Maristany (1967, p. 70), “¡Rousseau quería movimiento, aire libre, ademanes sueltos, brincar, correr, ejercicios duros!. En suma, una revolución. [...] Rousseau propugnaba una pedagogía espartana: acostumar a los niños a bañarse en invierno y en verano en agua fría, a jugar a fútbol en campos embarrados, a soportar incomodidades, a correr sobre la nieve, y a encajar la derrota con una sonrisa”.

Período Contemporáneo

En tercer lugar, ya, en el período contemporáneo, con el surgimiento del *deporte moderno*, en Inglaterra, alrededor de los siglos XVII al XVIII, comienza a abrirse una clara brecha entre el *atleta-deportista* que, convirtiéndose en un ente autónomo, empieza a ser denominado propiamente como tal, y el *atleta-militar*, que, no obstante, seguirá compartiendo algunos atributos propios de aquel. El progresivo alejamiento entre ambos dependerá de la clarificación de dos desempeños bien diferentes. Por un lado, el atleta-militar en el ámbito deportivo y bélico poseerá un cuerpo atlético, valor, rectitud y conocimiento militar. Su liderazgo atlético tiene claras funciones político-militares: conseguir el respeto de sus subordinados y enaltecer a la nación a través del prestigio de su ejército, “con sus poderes físicos templados en la práctica de las privaciones y el esfuerzo, como los músculos del atle-

ta” (Clausewitz, 1972, p. 217). En cierto modo presenta un rol muy parecido al de los entrenadores y docentes deportivos actuales (experiencia, autoridad, inteligencia, etc.). Por otro lado, al igual que el militar, el atleta-deportista compartirá el cuerpo atlético y el conocimiento, pero esta vez no se trata de un conocimiento militar, sino más bien de carácter intelectual, sobre todo humanístico. El atleta-deportista influirá sobre los *otros* como el que cuida su cuerpo tanto como su mente: el ser inteligente, el intelectual. Su máxima será la conocida expresión de Juvenal (67-127 d.C.): *mens sana in corpore sano*, lo cual, no obstante, a efectos prácticos, ya se había materializado en la Grecia clásica, aunque la conocida frase surgiera en el seno de la civilización romana.

Evidentemente, el desarrollo de este modelo se vio impulsado por la ideología de la ilustración, y la función tendrá un marcado carácter social e individual: el desarrollo personal y social y la expresión y el bienestar personal. Maristany (1967:70-72) señala como, en estos años, “Thomas Elyot publica *The Governor*, dedicado a Enrique VIII de Inglaterra, propugnando una severa educación basada en duros ejercicios corporales. [...] Roger Asham (1516-1569) incluyó en las actas de fundación del colegio de Harrow, como disciplinas obligatorias, el salto, la carrera, la lucha, la esgrima, juegos de pelota y otros [deportes] practicados al aire libre”. En torno a estas fechas también “se fundaron las famosas *public school*, auténticas cunas del deporte y del espíritu deportivo, donde se educaba a los niños en severas normas espartanas y donde se daba más importancia a la formación del carácter que a la formación de la inteligencia”. Incluso, todavía a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, se observa cómo esos valores que predominaban en el tipo de liderazgo deportivo del *Courtier* de Castiglione, el *Príncipe* de Maquiavelo o el *Emilio* de Rousseau, se pueden encontrar reflejados en el atleta de esos momentos –o, al menos, eso se deseaba–, a tenor de las palabras de Pierre de Coubertin,³ cuando se refería a los valores del deporte: “iniciativa, perseverancia, intensidad, búsqueda del perfeccionamiento, menosprecio del

peligro”, o del recientemente reanudado –en su época y gracias a su esfuerzo y voluntad– movimiento olímpico, en 1896: “sentido religioso, tregua universal, nobleza y selección, mejoramiento de la raza, caballeridad, belleza, entendimiento entre todos los pueblos”, a lo cual hace referencia Cagigal para advertir de esa “visión romántico-pedagógica... esas virtudes humanísticas y sociales” que históricamente caracterizaron a esta actividad (Cagigal, 1981, p. 7).

Período Moderno

Por último, en cuarto lugar, si “la gimnasia de los griegos era inseparable de una concepción del cuerpo condicionada por una *metafísica de lo finito...*”, el deporte moderno “se relaciona con una filosofía más o menos coherente: la teoría del progreso” (Brohm, 1982, pp. 81 y ss). De ahí que en el último siglo se pueda hablar de la aparición y expansión de la “*práctica positivista del deporte*” (Acuña, 1994, p. 234), la práctica instrumental, especializada y modernizada del deporte,⁴ a pesar de las experiencias que se tienen en el pasado a partir de la profesionalización que promueven, en época helénica, tanto Felipe de Macedonia (382-336 a.C.) como su hijo Alejandro Magno (356-323 a.C.) (Mandell, 1986, pp. 73 y ss). Por ello, tras la institucionalización del deporte en los dos últimos siglos, entramos en la época moderna, el siglo XX, donde el guardián, el guerrero, el caballero o cortesano y el atleta-intelectual y el atleta-militar darán paso a los nuevos líderes en el mundo del deporte, los cuales clasifico aquí como el *maestro* y *entrenador*, los *deportistas destacados* y los *campeones* y *equipos olímpicos* y *nacionales*. Cada uno de estos tipos responde a unas necesidades diferentes, en coherencia con las funciones que desempeñen, presentando consiguientemente rasgos o características distintas.

Por un lado, tanto el *maestro* como el *entrenador* son percibidos, por el alumno y el deportista, como los “maestros” en su sentido metafórico y absoluto. Son quienes les transmiten el conocimiento y los secretos de

³ Citado en Cagigal, *Pedagogie sportive* (1922) y *Fundamentos filosóficos del moderno olimpismo* (1935), escritas por el barón De Coubertin, se presentan como dos de los textos más importantes de la pedagogía y la ética del deporte moderno, que por supuesto apenas constituyen una parte de la realidad del deporte, pero cuya relectura nos puede ofrecer, en esta actividad humana, intereses y valores que se nos presentan como grandes necesidades en nuestros tiempos actuales y, por tanto, retos ante los cuales debemos enfrentarnos.

⁴ De acuerdo con ello, observamos cómo en la historia del deporte, el liderazgo deportivo ha sido un rol que ha desempeñado ciertas funciones instrumentales relacionadas inicialmente con el servicio a la ciudad y el imperio, más tarde con los reinos y recientemente con las naciones y los Estados. No obstante ello, en la actualidad, esas funciones desempeñadas históricamente con este rol (las del servicio a la sociedad –funciones culturales, políticas, militares–), sin dejar de materializarse, digamos que en todo caso quedan bajo la sombra, o más bien se encuentran supeditadas a las fuerzas económicas de las marcas o firmas comerciales y las empresas multinacionales.

las diferentes disciplinas deportivas, que poseen normalmente por una experiencia larga y destacada –han sido deportistas en sus mejores años–. Por ello, están adiestrados y poseen conocimiento empírico. Pero, además, su motivación es estimular el aprendizaje y el entrenamiento deportivo. Todo, con la disciplina y autoridad de un jefe o líder en el más estricto sentido del término. Desarrollan una función sin igual de integración e identidad, sobre todo entre los adolescentes, corroborando la opinión de Gutiérrez Sanmartín (1995, p. 10), para quien “el terreno de juego constituye un excelente medio de promoción y desarrollo de valores sociales y personales”.

Por otro lado, los *deportistas destacados*, los deportistas populares en ciertos contextos (puede ser en una asociación, en un pueblo, en una provincia, etc.), ejercen un importante papel de liderazgo, en la medida que constituyen la referencia necesarias para aquellas otras personas que tengan aspiraciones por aprender o entrenar profundamente en una determinada disciplina deportiva. Y esto lo consiguen porque son personas –como se suele decir en los ámbitos periodísticos deportivos– próximas al “común de los mortales”, con un origen normalmente humilde, con un extraordinario cuerpo atlético, buenas cualidades y resultados en competición y una gran autoestima. Ejercen una relativamente importante función de identidad y prestigio para sus iguales (conciudadanos, amigos, etc.), además de económica para los patrocinadores que lo apoyan.

Finalmente, los *campeones y equipos olímpicos y nacionales* son los más recientes y también los más exponentes líderes deportivos, porque abarcan un mayor ámbito de la acción social y una mayor diferencia con sus iguales. Han sustituido a los grandes héroes y líderes militares, políticos e intelectuales, que movían auténticas masas de seguidores. “Para una parte importante de la población, los héroes más auténticos de los tiempos modernos son los campeones deportivos” (Brohm, 1982, pp. 289-290). Esto se debe, en parte, a una crisis de la ideología y los valores tradicionales en la sociedad industrial moderna, lo que lleva a algunos autores a pensar que el deporte se está convirtiendo en una especie de “religión de compensación” (Riezu, 1997, p. 295) o “religión civil” (Giner, 1993), ya que consigue movilizar a las masas, de acuerdo con las creencias y el ritual afines

al equipo o el campeón a quienes siguen. En ese sentido, Magnane (1966, p. 21) se atreve a interpretar el hecho deportivo moderno como una especie de instrumento terapéutico de parecidas dimensiones a las que ofrece la Iglesia, lo cual se materializa en la conocida frase de los entrenadores de fútbol americano Knute Rockne: “después de la iglesia, el fútbol es lo mejor que tenemos”.⁵ O, bien, como opinara otrora Veblen,⁶ un “medio de liberación o catarsis comparable a la guerra”. Plessner plantea, al respecto, una postura más de carácter estructuralista (Thomas *et al.*, 1988, pp. 19-20), al decir que “el hombre moderno se dedica a la práctica del deporte como reacción frente a las exigencias y los efectos de la sociedad industrial. El deporte representa incluso la *compensación ideal*, puesto que esta actividad permite salvar obstáculos artificiales libremente elegidos”. Además, para este mismo autor, “el deporte es también una copia del mundo industrial, lo que supone que aquel no es una auténtica alternativa a éste, sino solamente una compensación en el sentido de un equivalente de idéntica estructura”.

El liderazgo de los *grandes campeones y equipos olímpicos y nacionales* está implícito en sus extraordinarias cualidades, además de en la legitimidad adheridas a la magnitud que supone el respaldo institucional y comercial, junto con el medallero o palmarés que cuelga en su historial, avales de una larga trayectoria. Y por esa razón será el considerado como *rey de los medios de comunicación de masas* que, de paso, dan buena fe de ello.⁷ Por eso, distante del “común de los mortales”, como le ocurría al *courtier* de Maquiavelo, será visto, el atleta de élite moderno, como una proeza atlética, una heroína. Su responsabilidad es máxima, porque desempeña importantes funciones sociales (la identidad de un pueblo o una nación...), políticas (el prestigio de un gobierno y su legitimidad ante los ciudadanos a los que representa) y económicas (la difusión de una marca deportiva, los intereses del mercado de un producto deportivo,...).

Conclusiones

Con todo, de lo anterior se desprende la importancia manifiesta y patente del liderazgo en el deporte, como un hecho palpable en el tiempo y el espacio –en distintos tiempos y en distintos espacios–, lo que singulariza *per*

⁵ En David Riesman, *Individualism Reconsidered*, p. 253, citado en *Sociología del deporte*, de Georges Magnane, p. 21 (1966).

⁶ En *Theory of the leisure class* (1917), citado en Georges Magnane, *Sociología del deporte* (1966), p. 19.

⁷ Hasta tal punto es congruente tal afirmación que, hoy, esos grandes líderes deportivos sólo son tales, gracias a la ayuda de los medios de comunicación de masas, el respaldo institucional público y las grandes marcas o firmas empresariales de material y equipamiento deportivo.

se el propio fenómeno deportivo. Obviamente, en esos distintos espacios y momentos el liderazgo ha adquirido diferentes paradigmas, con la finalidad de establecerse conforme a los intereses o funciones exigidas en aquellos. De modo que así descubrimos que el deporte y, en consecuencia, el liderazgo deportivo, cambian constantemente su significado, según las coordenadas espacio-temporales, “tanto al referirse a una actitud y actividad humana, como al englobar una realidad social muy compleja” (Cagigal, 1981, p. 24).

Hemos podido percibir, en ese ejercicio de deconstrucción que acabamos de realizar, que el liderazgo en el deporte desempeña, a distintos niveles, importantes funciones económicas, políticas y culturales en los individuos y en la sociedad, constituyendo, a todo lo largo, una clara “religión de compensación” –como denominaba Riezu o intuía Plessner–, en suma, lo que es: una “religión civil” –en términos de Salvador Giner–.

Finalmente, el liderazgo, sea cual fuere su campo de acción, tiene la virtud de mostrar la realidad social en que se haya, en tanto constituye un instrumento socializador de gran envergadura. Por ello, en el deporte, como en el arte o en la ciencia, el liderazgo sigue desempeñando ese papel socializador que le caracteriza. El problema es que este hecho a menudo ha sido ignorado, más allá de la perspectiva de la psicología o más allá de los campos de la política o la empresa. Pero, incluso en estos ámbitos, también ha resultado normal el no ver más allá de la propia empresa o de la propia relación elite-electorado. Quiero decir, que el liderazgo representa una realidad *sui generis* que supera los propios objetos que nos marcamos, constituyendo un referente potencial para el análisis de la realidad social en la que emerge. Su estudio, además, por tratarse de un instrumento fundamental para la socialización del individuo y los grupos, “contiene una enorme potencialidad para contribuir al desarrollo de un nuevo humanismo que pueda ampliar los límites de la libertad humana” (García Ferrando, 1990. p. 20), puesto que su deconstrucción nos permite observar la estructura del deporte en todo su desarrollo histórico y social, viajando del presente al pasado, o viceversa, y moviéndonos en distintos espacios a la vez, dentro de un mismo tiempo.

Bibliografía

AA.VV. (1967). *Los clásicos. Ciceron. Discursos-Diálogos-Sobre la república-De las leyes-Cuestiones académicas*. Madrid: EDAF.

- Acuña, A. (1994). *Fundamentos socioculturales de la motricidad humana y el deporte*. Granada: Universidad de Granada.
- Baron, R. y Byrne, D. (1998). *Psicología Social*. Madrid: Prentice Hall Iberia.
- Berger, P. (1967). *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona: Kairós.
- Brohm, J.M.^a (1982). *Sociología política del deporte*. México, DF.: Fondo de Cultura Económico.
- Cagigal, J. M.^a (1981). *¡Oh, deporte! Anatomía de un gigante*. Valladolid: Miñón.
- Clausewitz, K.V. (1972). *Clausewitz: De la guerra*, Barcelona: Mateu.
- De Coubertin, P. (1922). *Pedagogie sportive*. París: G. Crès et Cie.
- (1973). *Fundamentos filosóficos del moderno olimpismo*. Madrid: Instituto Nacional de Educación Física-Doncel.
- Duby, G. (1996). *Guillermo el Mariscal*. Barcelona: Altaya.
- Consejo de Europa (1993). “Carta Europea del deporte 1992”. *Papeles del deporte*, n.º 2. Málaga: Junta de Andalucía, Consejería de Turismo y Deporte.
- García Ferrando, M. (1990). *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*. Madrid: Alianza Editorial-CSD.
- García Ferrando, M. et al. (1998). *Sociología del deporte*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1998). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giner, S (1993). Religión Civil. *Revista Española de Investigación Social*, n.º 93, pp. 23-55.
- (1997). *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Ariel.
- Gutiérrez, M. (1995). *Valores sociales y deporte. La actividad física y el deporte como transmisores de valores sociales y personales*. Madrid: Gymnos.
- Magnane, G. (1966). *Sociología del deporte*. Madrid: Península.
- Mandell, R. D. (1986). *Historia cultural del deporte*. Barcelona: Bellaterra.
- Maristany, M. (1967). “El deporte”, en *Enciclopedia Temática Cies*, vol. 17, pp. 63-175. Barcelona: Compañía Internacional Editora.
- McIntosh, P. C. (1981). The Sociology of Sport in the Ancient World, en G. Lüschen y G. Sage (eds.), *Handbook of Social Science of Sport*, op.cit.
- Mora Vicente, J. (coord.) (1996). *José María Cagigal. Obras selectas*, volumen III. Cádiz: Comité Olímpico Español, Ente de Promoción Deportiva “José M^a Cagigal” y Asociación Española de Deportes para Todos.
- Platón (1993). *La República*, Barcelona: Edicomunicación.
- Pozzi, M. (1994). *Baltassare Castiglione, El cortesano*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Riezu, J. (1997). *Filosofía y sociología*. Salamanca: Editorial San Esteban.
- Sprott, W. J. H. et al. (1967). *Psicología y sociología del líder*. Buenos Aires: Paidós.
- Thomas, R. et al. (1988). *Sociología del deporte*. Barcelona: Bellaterra.